

# La subjetividad en la narrativa histórica: la Protesta de Baraguá frente al espejo

**Antonio Álvarez Pitaluga**

*Profesor de la Universidad de La Habana*

*Criticar es amar.*

JOSÉ MARTÍ

Una novela, un poema, una composición musical o una pintura, no son fuentes fiables ni recomendables para escribir la historia! Así blasona sin miramientos y a camisa quitada todo buen historiador positivista o mejor, neopositivista disfrazado de postmoderno en estos primeros años del siglo XXI. ¡Que por cierto, cómo hay! Pululan por nuestras academias docentes e investigativas como frailes benedictinos, inquisidores del clamor por la construcción de una historia más abierta y flexible con todas las producciones escritas y artísticas del hombre. Contra esos “ángeles del oca-so” van mis reflexiones.

Y para empezar, nada mejor que un pensamiento del poeta de *Días y flores*, que me los dibuja cada vez que escucho a algunos de ellos: “¡Pobre mortal, qué desarmado y bruto! Perdió el amor y se perdió el respeto”.

Llamo historiadores neopositivistas a aquellos solapados en nuevas corrientes y “modas” historiográficas. Modas que casi siempre arriban con bastantes años de atraso, a veces hasta con dos décadas, a nuestras playas del conoci-



General Antonio Maceo Grajales

miento social, arrastradas en su mayoría desde mareas europeas y norteamericanas. Ellos se presentan como historiadores de finales o principios de siglo, de nueva hornada, o reciclados —entiéndase por este término de relación industrial, a los que en harakiri intelectual se retractan o deshacen de sus pasadas creaciones— y así se autoproclaman historiadores modernos de última generación, idóneos para construir un *nuevo* pasado.

Sin embargo, “el zorro nunca pierde las mañas”. Su fetichismo por el dato y el documento es incólume, que no significa no saberlo enmascarar. Dificilmente admiten que una creación literaria, pictórica, teatral o musical, contenga suficientes elementos de bases para ser vista como fuente histórica en la construcción de la narrativa histórica. En sus mentes sólo es posible dicha construcción a partir del uso de documentos de época –cartas, manifiestos, censos y otros– que expresen “una verdadera fiabilidad”.

Para estos colegas, una supuesta ficcionalidad y la creación-recreación de las producciones artísticas obstaculizan la verdadera búsqueda de información histórica y su posterior interpretación, por su alta presencia de subjetividad artística. Pero resulta que un “documento” tiene la misma subjetividad que una obra artística de cualquier género, porque es un producto de creación-recreación a partir de un mismo autor en común para ambos: el hombre. Es tan “ficticio y poco fiable” un documento como lo es una novela o un cuadro pictórico. En los dos casos se selecciona previamente el mensaje o la información que se quiere plasmar o legar para el futuro (la que entra o no a su obra), mediante los códigos de lo que es para el autor lo moral y lo amoral, lo bueno y lo malo, lo permitido y lo prohibido, lo modélico y lo antimodélico. Es decir, que entre la información y el autor existe un factor determinante a la hora de utilizar e interpretar la información: la subjetividad humana.

La subjetividad es la capacidad mental e intelectual del ser humano para crear y recrear su memoria individual

o colectiva. Sustenta un proceso permanente de elaboración y reelaboración intelectual donde las experiencias personales –pasadas y presentes–, el contexto épocal e ideológico, la educación familiar y académica, son determinantes. Funciona mediante una construcción mental, de forma voluntaria e involuntaria, consciente o inconsciente, para imaginar y producir el universo cognoscitivo individual y social. La subjetividad expresa y condiciona las relaciones sociales y por ende de poder. Es una expresión intelectual del poder mediante la cual se edifican *verdades* para legitimar una hegemonía, una realidad. Y el historiador y su obra no están ajenos a lo anterior. Codifica las coordenadas de ambos.

Los historiadores tienen el deber social y profesional de transmitir, previa creación desde el amplio arsenal teórico y metodológico de las Ciencias Sociales, un universo de ideas que ilustren e interpreten un pasado. Luego sirve de patrón referencial de estudio al resto de los miembros de su sociedad. Es una alta responsabilidad que no debe desaprovechar las infinitas posibilidades de las creaciones artísticas. Es desacertado para el historiador pensar que la subjetividad está mayormente presente en los creadores y obras artísticas. También pervive y se desarrolla en sus mentes.

Algunos olvidan que la diferencia entre las ciencias sociales y las exactas radica en la fuerte relatividad de las primeras, frente a las leyes y categorías muy precisas de las segundas. Estas últimas, al estudiar procesos y fenómenos muy estables y fijos de la naturaleza logran una precisión casi invariable;

mientras que las sociales estudian lo más cambiante y en constante transformación de la vida: el pensamiento y la actividad social del hombre en el tiempo.

A contrapelo de los historiadores fetichistas del documento, el gran científico social del siglo XIX, Carlos Marx, recordó y explicó en el curso de su obra científica que la literatura europea de su época en mucho contribuyó a su formación y análisis de la sociedad. Para él, la literatura francesa, en voces como Víctor Hugo, Honorato de Balzac y otros, le ofreció un panorama y mosaico sociales únicos de la Europa de su tiempo. Lucien de Rubenpré y su decadencia existencialista del París de la década del 30 del XIX, el funcionamiento de la prensa moderna en la Ciudad Luz y otros procesos sociales de carácter individual o colectivo, le ayudaron a elaborar una visión de conjunto que desbrozó el método marxista para el análisis social. *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* fue y es un ejemplo de tales aportes.

Los neopositivistas prefieren pensar que la literatura y otras expresiones artísticas sirven para estudiar y comprender la cultura artística de una nación, pero no su historia, sobre todo la política y económica. Parece un chiste de muy mal gusto —por cierto, una fatal concepción fragmentada de la sociedad—, pero es esa la miopía social del positivismo: particularizar y dividir el conocimiento científico en una relación binaria que invalida la “universalidad” marxista para el estudio y comprensión de lo social.

Les cuesta trabajo asimilar que la historia de una nación se edifica desde los pilares de los imaginarios culturales de

sí misma. A través de ellos se han formado y forma el cuerpo mitológico de una historia nacional, por muy *documentada* que pueda ser. Al igual que desde la historia, desde la cultura artística se legitima en el pasado el presente cotidiano de una colectividad humana. Los discursos narrativos de la literatura e historia nacionales se entrecruzan permanentemente en el decurso histórico de tal proceso, apoyados por una tradición oral y de otras expresiones. Sin lugar a dudas, el poder de la escritura histórico-literaria o viceversa es determinante. No fue casual que en el siglo XIV un famoso general árabe pronunciara una peligrosa idea política, que ha viajado a través del tiempo como apotegma social: la historia se escribe desde el poder, la historia la escriben los vencedores.

Por otra parte, la construcción de la narrativa literaria o histórica siempre ha estado muy relacionada con el poder. La hegemonía cultural, moral e intelectual del grupo, clase o sector que detente el poder político, se forja en buena medida a partir del control del discurso narrativo en todas sus manifestaciones. La escritura fue y es un fuerte componente del funcionamiento de las relaciones de poder en cualquier tipo de sociedad humana. Cuando las prácticas de las relaciones de poder comenzaron a ser estudiada y teorizadas con el advenimiento de la modernidad, desde los inicios del siglo XVI aproximadamente, la escritura reverdeció su papel determinante para el control de los dominados. Desde Nicolás Maquiavelo, pasando por los iluministas franceses, Carlos Marx, Antonio Gramsci, Vladimir I. Lenin, Max Weber,

hasta Herbert Marcuse, Michel Foucault, Pierre Bourdieu y otros, se ha enfatizado la necesidad constante del control de la producción escrita y artística en general para el mantenimiento y la reproducción permanente de la hegemonía.

Toda vez que desde el discurso histórico se perpetúa y reproduce el poder o se destruye, desde la cultura artística sucede un tanto igual: se produce y reproduce el poder y la sociedad existente. Esta es la base teórico-conceptual de la sociología de la cultura. Es preciso que esos filólogos e historiadores aprehendan este principio básico. Sólo la fusión dinámica e interactiva en la mente de los dos tipos de especialistas les ofrecerá una mejor identificación mutua de sus objetos de estudio y los *préstamos* teóricos y factuales que deben realizar ambas ciencias.

Para comprender mejor la subjetividad en la escritura de la historia a partir de un acercamiento heurístico desde la historiografía nacional es preciso no olvidar una importante idea: en el archipiélago cubano los estudios historiográficos no tienen larga tradición ni adeptos; es más, los especialistas del estudio de cómo se ha escrito la historia nacional constituyen un club de muy pocos *afiliados* en nuestro país. Es por ello que resulta muy difícil consultar investigaciones o textos nacionales donde estudiar las características y cómo se ha escrito la historia de Cuba desde Cuba.

Apuntando este elemento, al emprender un recorrido desde tales tipos de estudios a través de algún hecho o proceso históricos en específico encontraremos que los historiadores nacionales

le han impuesto —como era de esperar— su propia subjetividad para construir un hecho o proceso a partir de lo que consideran “verdad absoluta y establecida”. Para ellos las obras literarias y artísticas pagan los platos rotos de la ficcionalidad humana. Sin embargo, hasta en hechos históricos duros y establecidos es posible encontrar variados elementos de carácter muy subjetivos. En el siguiente estudio de caso podrá comprenderse tan peculiar asunto.

Se sustentó en la consulta de significativas obras históricas que han tratado el suceso y han sido publicadas dentro de Cuba. O sea, se trata de una investigación de búsqueda bibliográfica. Los textos aparecidos fuera del país, documentos inéditos y otras fuentes no se tuvieron en cuenta porque se trata de observar y enjuiciar la construcción, evolución y repercusión del hecho a través de la historiografía nacional. No obstante, las fuentes no consultadas podrán corroborar o contrariar las ideas que expondré a continuación.

### *La Protesta de Baraguá frente al espejo*

Pensar un hecho histórico a primera vista puede parecer relativamente fácil. Desde nuestro presente miramos al pasado por varias razones: curiosidad, utilidad, necesidad de legitimación o comprensión del presente, sed de conocimientos. Pero cuando esas miradas en retrospectiva se sientan en dos esenciales pilares de reflexión específicos, mirar el tiempo en regresión de entretenimiento se convierte en enseñanza. Dos preguntas sintetizan esos pilares del análisis histórico para enten-

der el pasado: ¿cómo fue percibido un hecho histórico por los contemporáneos que lo protagonizaron, presenciaron o los que vivieron el momento y época en que ocurrió? Segundo, ¿cómo fue construido ese hecho histórico a partir de la narrativa histórica por las siguientes generaciones que no vivieron el suceso? La Protesta de Baraguá es un relevante acontecimiento para los cubanos y un lúcido ejemplo historiográfico para buscar respuestas a tales preguntas.

*Cómo fue vista por sus contemporáneos participantes o no*

Acaeció el 15 de marzo de 1878 en una antigua hacienda de crianza ganadera de la economía colonial oriental y dentro de los actuales límites de la provincia de Santiago de Cuba. La Protesta que dirigió el Mayor General Antonio Maceo selló dignamente el trágico epílogo de la revolución de 1868, que en los primeros cinco meses de 1878 sentenció su desenlace final. Baraguá fue la contrapartida al dudoso Pacto del Zanjón del 10 de febrero de ese año.

Sin embargo, al consultar la literatura de campaña de las guerras de independencia de Cuba (1868-1898) a través de diarios, relatos, testimonios, manifiestos y anécdotas, creadora de un nuevo saber-poder de aquellas revoluciones, llama la atención el tipo de recepción que tuvo la Protesta en la pluma de los contemporáneos participantes o no del hecho que crearon tal narrativa.

Algo salta enseguida a la vista: la Protesta no generó una explosión de textos o documentos de manera instantánea en la literatura de campaña del 68. Más bien se trató de una lenta repercusión oral que fue progresiva, entre

los cubanos partidarios o no de una independencia con soberanía y sin esclavitud. Sólo dos versiones escritas brotaron de las manos de testigos directos del suceso. La primera le correspondió al doctor y teniente coronel Fernando Figueredo Socarrás, ayudante personal de Antonio Maceo, quien entre 1882 y 1885, dictó un ciclo de nueve conferencias ante la emigración revolucionaria de Cayo Hueso que dieron el argumento testimonial central de su visión sobre la guerra del 68.

Teniendo como precedente más cercano tales testimonios fue publicada por primera vez en el periódico *Patria*, dentro de una serie de artículos que bajo el rótulo general de “Episodios de la Revolución cubana” vieron la luz entre el 3 de junio y el 10 de octubre de 1893, la versión de Figueredo que tuvo como título “La Protesta de Baraguá”. Este fue el inicio de la creación narrativa del hecho. Su relato ha sido y es el más recurrido como fuente primaria y básica para referirse a lo acontecido allí por parte de los historiadores.

Años más tarde, en 1899, apareció en la *Revista Cubana* —editada en La Habana— la misma versión. Pero no fue hasta 1902 que las nueve conferencias y un epílogo —donde se anexó la versión— fueron editadas íntegras en forma de libro con el título *La revolución de Yara* (1902).<sup>1</sup> El libro devela las dotes literarias y de fluidez del autor. Los puntos de vistas de Figueredo sobre la Protesta se convirtieron a través del tiempo y hasta nuestros días en la fuente capital que muchos historiadores han reproducido con exactitud y otros le han introducido modificaciones. Algunas de ellas sin referencias

documentales e históricas de sus orígenes o procedencias.

La segunda versión de un participante directo estuvo a cargo del doctor Félix Figueredo. La publicó en la *Revista Cubana* en 1889 y la reeditó en 1915. Ha sido muy poco difundida hasta hoy y poco modifica lo escrito por Fernando Figueredo. Apenas se ha utilizado por los historiadores desde esos años hasta el presente.

La versión de Fernando Figueredo, a pesar del privilegio de haber sido la primera y principal narración que trató exclusivamente la tensa entrevista entre Antonio Maceo y Arsenio Martínez, no pudo alcanzar antes de terminar el ciclo independentista en 1898 la popularidad que tuvieron otras piezas narrativas de contemporáneos no presentes en Baraguá, pero que publicaron importantes testimonios de gran acogida entre los antiguos combatientes del 68 y hasta generaron encendidas polémicas donde José Martí se vio envuelto más de una vez.

Llama la atención que Ramón Roa en *A pie y descalzo* (1890)<sup>2</sup> comentara de forma fugaz la justa rebeldía de Maceo sin dedicarle un capítulo, epígrafe o espacio considerable. También Enrique Collazo en *Desde Yara hasta el Zanjón* (1893),<sup>3</sup> al igual que Roa, menciona la entrevista sin dotarla de ningún peso ideológico. Collazo llega hasta el punto de confundir fechas relacionadas con el hecho. La parquedad de estos antiguos miembros del Comité de Centro, órgano civil que negoció el Pacto con Arsenio Martínez Campos, refleja la escasa repercusión escrita de los sectores partidarios de aquel fin; o sea, para aquellos sectores

la revolución había concluido en el Zanjón y la Protesta era un anexo de rebeldía de un muy reducido sector dentro del mambisado que no abarcaba grandes espacios en la atmósfera mayoritaria del ocaso revolucionario.

Otro elemento a considerar en este desnivel de repercusión colectiva radica en que mientras las obras de Roa y Collazo fueron publicadas a inicios de la década del 90 del siglo XIX, antes de comenzar la guerra del 95 (cuando la emigración cubana vivía una nueva efervescencia patriótica que la fundación del Partido Revolucionario Cubano y el propio estallido del 24 de febrero catalizaron con mucha fortaleza), el libro de Fernando Figueredo salió de imprenta casi una década después, terminada la épica del 95. Para ese momento una mezcla de incertidumbre y frustración se enseñoreó de la vida política nacional con el estreno de una república diseñada en planos estadounidenses.

Por otra parte, el propio Antonio Maceo fue poco explícito en sus documentos personales y oficiales sobre el acto que protagonizó. En sus cartas y documentos reeditados a fines del siglo XX (*Antonio Maceo. Ideología política y otros documentos*, 1998)<sup>4</sup> son muy escasas las referencias personales al hecho. Apenas mencionó el acontecimiento en la carta a Julio Sanguily el 26 de marzo de 1878, donde comentó la reunión sin ofrecer descripción o interpretaciones. En esa misma compilación u otras similares es interesante observar cómo Maceo sólo se refiere de manera breve a Baraguá para contraponerla al Pacto del Zanjón, sin evaluar o analizar el contenido y peso ideológico del

suceso. A pesar de haber hecho coincidir simbólicamente el inicio de la invasión—octubre de 1895— con el mismo lugar donde él manifestó su decidida inconformidad al final de la Guerra Grande, dos preguntas se imponen: ¿por qué Antonio Maceo no redactó en documento alguno su versión o análisis personal de aquella entrevista? ¿Por qué la mayoría de los historiadores que se han acercado al tema no se han hecho tal pregunta?

A muchos años de la muerte del Lugarteniente del Ejército Libertador y de haber concluido la guerra, fue publicado el largo testimonio de Enrique Loynaz del Castillo acerca de aquella contienda (*Memorias de la Guerra*, 1989).<sup>5</sup> Allí Loynaz refirió que en los años de estancia de Maceo en Costa Rica, en particular en 1894, este le dictó una versión personal de la Protesta bajo la sombra de un árbol en su colonia La Mansión. El general le hizo copiar a Loynaz del Castillo la citada versión que nunca ha sido hallada y que el autor del *Himno invasor* confesó haber dejado en aquel lugar al partir a Cuba. Varias preguntas e hipótesis producen tal anécdota. Pero en historia especular es a veces insuficiente para pensar lo que pudo haber sido y no fue, ni será. Si un día apareciera estoy seguro de que la historiografía de la Protesta se enriquecería en su esencia.

Enrique Loynaz se acercó a dicho acontecimiento histórico como mismo lo hizo José Miró Argenter en *Crónicas de la guerra* (1909).<sup>6</sup> Loynaz y Miró mencionaron varias veces la Protesta de Baraguá como un suceso que se opuso al pacto del 10 de febrero, un freno personal y político que enalteció la conducta



General Antonio Maceo Grajales  
en la Protesta de Baraguá

del ya Titán de Bronce. Pero ninguno de los dos reflexionaron o aquilataron el espacio a ocupar dentro de la ideología del independentismo cubano del siglo XIX. Ello induce a pensar que los hombres del 68 y el 95 conocían la Protesta de Baraguá en diferentes grados de intensidad y apreciaciones en dependencia de sus horizontes culturales, afinidad, cercanía a la figura del insigne oriental y ubicación geográfica dentro del mapa bélico de ambas revoluciones, pero no llegó a ser un hecho determinante en el imaginario popular de ambas insurrecciones. Al menos hasta 1898.

Sólo un hombre reconoció temprana y estratégicamente el peso político e ideológico de Baraguá en los marcos de la nueva revolución necesaria: José Martí, el Delegado del Partido Revolucionario Cubano.

Para el creador de una nueva radicalidad transformadora de la sociedad cubana de fines de siglo XIX se trataba “de lo más glorioso de nuestra historia”. Martí fue el primero en avizorar una nueva relectura del hecho en los marcos de una inminente revolución. Para él la Protesta sería un importante soporte legitimador que desde el pasado articulaba el presente (la revolución necesaria). Por eso le solicitó a Figueredo Socarrás la publicación de sus puntos de vista en 1893.

### *La visión republicana*

Con el advenimiento de la República neocolonial, la historiografía cubana priorizó un particular enfoque histórico donde el Zanjón fue el protagonista final de la guerra del 68 y la Protesta un coprotagonista sin connotaciones ideológicas para el nuevo Estado nacional. Era el fruto de una hegemonía cultural basada en relaciones de poder excluyentes de muchos de los sectores populares que habían protagonizado el 68 y el 95.

Dicho enfoque puede caracterizarse por una escasa interpretación ideológica, brevedad de mención, delimitación geográfica e histórica de carácter regional, reproducción textual de las palabras de Figueredo, introducción o modificación de elementos a la versión central de Figueredo y, finalmente, el elemento de mayor peso, la ausencia de investigaciones históricas sobre el tema.

Encabeza el listado Eusebio Hernández (*Maceo dos conferencias históricas*, 1913 y 1930),<sup>7</sup> quien afirmó que la Protesta sólo revirtió el carácter del Zanjón de paz deshonrosa a tregua: “la Protesta de Baraguá que hizo del Convenio del Zanjón una tregua”. También Hernández apuntó que fue el marco propicio para que Maceo creciese como figura: “Se creció en Baraguá haciendo frente él solo a todo el ejército español”. Es fácil comprender, al contextualizar todo el libro y la propia vida política del autor, que su objetivo principal fue elevar con marcada idolatría la figura de Maceo dentro del panteón de héroes independentistas. Maceo fue su ídolo revolucionario y personal. La actuación política de Eusebio Hernández en la década del 80 y en la Guerra del 95 explican el por-

qué y cómo asumió tan marcado apasionamiento personal, que lo llevó desde rechazar a otros independentistas notables hasta a la gestación de planes contra los cargos y responsabilidades políticas y militares de ellos para construir un discurso narrativo donde Antonio Maceo era figura central de todo. Este punto de vista, más que darle a Maceo su verdadera dimensión revolucionaria lo circunscribió a una actuación personalista obviando el real peso ideológico del Titán y su obra.

En los inicios del decurso republicano, Abdon Tremols publicó un importante catálogo de pintura, *Los patriotas de la galería del ayuntamiento de La Habana* (1917).<sup>8</sup> Al pie de cada fotografía de los originales que aún se exhiben en la Sala de las Banderas del actual Museo de los Capitanes Generales, redactó una breve información sobre cada uno de los 100 patriotas reflejados en iguales óleos. En el cuadro dedicado a Antonio Maceo llama poderosamente la atención que no se hace mención alguna de la Protesta, ni a la participación en ella del destacado luchador. Sin embargo, en el resumen dedicado a Fernando Figueredo sí hay referencia a la entrevista al calificarla como la “protesta más viril que registra la historia de nuestras luchas” que “salvó el honor de Cuba rebelde”. En realidad, estas ideas fueron una ruptura con un enfoque que reducía en muchas expresiones a dicho acontecimiento. Pero fueron expuestas en un pequeño catálogo de pinturas para un público muy específico y no en los libros oficiales de historia del país en esos momentos, ni tampoco en los diversos textos que iban conformando las gestas independentistas del pasado



siglo. A pesar de no haber sido analizado el hecho por cualquier autor consultado para la investigación, esta visión de llamativo vuelo nacional e ideológico no primó en el proceso de construcción del mito sobre Baraguá.

Pero lo más importante es la omisión del papel y participación de Maceo en la Protesta. Ella aparece relacionada con Figueredo y no con Maceo. Esa es la imagen que de manera consciente o inconsciente se deseaba proyectar sobre aquel suceso.

La espiral crecía en la pluma de historiadores como Emeterio Santovenia en *Los presidentes de Cuba libre* (1930),<sup>9</sup> donde distanció la actuación de Maceo del resto de los combatientes de aquella gesta, hasta el punto que a la inconformidad del bravo guerrero no le vio honduras ideológicas. Afirmó que: “El afán de Baraguá no logró ahondar cauces en la extenuada conciencia cubana”. También expresó: “[...] ni los esfuerzos de hombre de la calidad de Antonio Maceo bastaron para reconstruir el espíritu de la lucha y sacrificio”. Santovenia, al igual que otros autores republicanos no explicaron o ahondaron en sus aseveraciones. Independientemente de los posibles *por qué* de tales afirmaciones, una realidad se iba imponiendo: Baraguá no se investigaba como tema histórico y se conformaba un hecho escaso de interpretaciones ideológicas favorables a los seguidores de la revolución popular.

La hegemonía cultural burguesa imponía sus presupuestos intelectuales en la producción historiográfica: liberación nacional de la antigua metrópoli ibérica sí, revolución de las estructuras

racionalizantes de sistema, no. Es decir, que su subjetividad como “junta de negocios” detentando el poder político y económico se hizo valer.

Ramón Infiesta en *Máximo Gómez* (1937)<sup>10</sup> fue más rudo aún al repasar la épica final del 68: “[...] Antonio Maceo decide, en Baraguá, continuar por su cuenta la resistencia”. Para el abogado Infiesta la decisión de Maceo de protestar ante lo pactado en el Zanjón era el producto de una independiente y personal actuación alejada del espíritu reinante en la mayoría de oficiales, jefes y soldados del Ejército Libertador. Sin embargo, en esta biografía, premiada en las conmemoraciones del centenario del nacimiento del Generalísimo, se deja entrever un similar aliento al del que Eusebio Hernández le imprimiera a su obra, pero en sentido opuesto: destacar con desmesura una sola figura obviando en diferentes análisis el papel de otras, en este caso a favor de Máximo Gómez.

Por su parte, Leopoldo Horrego Estruch en *Maceo héroe y carácter* (1943)<sup>11</sup> origina un curioso e inesperado fenómeno historiográfico. A pesar de seguir copiando tácitamente a Figueredo, el devenido historiador matancero le introduce modificaciones a la versión original, sin ofrecer las fuentes proveedoras de tales *cambios*. Ejemplo de ello es cuando plantea que Martínez Campos trató de abrazar al Titán al inicio del encuentro y que este último lo impidió con su brazo. Otra modificación es que Maceo terminó la entrevista mareado por el humo de cigarro. Es cierto que el bravo oriental detestaba el cigarro y su humo, pero Horrego

no explicó el porqué, ni las fuentes utilizadas para *alterar* la versión de Figueredo. Pudiera decirse que Horrego fue el iniciador de una *ficcionalización narrativa* de la Protesta al introducir tales ingredientes imaginativos sin avales de fuentes.

Además, le concede un mayor espacio de redacción al Zanjón convertido en tregua gracias a la entrevista. He aquí un vivo ejemplo de cómo la subjetividad del historiador hace de las ideas presentadas en su obra como verdaderas y absolutas en algo relativo.

Ramiro Guerra en su libro *Guerra de los Diez Años* (1950-1952)<sup>12</sup> mantuvo la línea descriptiva de otrora. Continuó la línea repetitiva al privilegiar con 10 páginas al Zanjón y a Baraguá sólo con dos párrafos. El propio Guerra en *Historia de la nación cubana* (10 tomos, 1952),<sup>13</sup> dedica siete páginas al suceso. En la casi totalidad de ellas se reprodujeron, una vez más en la historiografía del tema, los diálogos entre Maceo y Campos ya narrados por Figueredo desde 1893. Sin embargo, le aportó un nuevo calificativo al llamarla “famosísima Protesta”. Es una pena que esta novedosa apreciación para la historiografía de entonces no fuera interpretada ni argumentada por el autor.

El más relevante biógrafo de Antonio Maceo, José Luciano Franco, autor de *Antonio Maceo. Apuntes para una historia de su vida* (tres tomos, 1951),<sup>14</sup> propuso un atípico enfoque sobre el tema. Él le concedió por primera vez en la historiografía nacional una “resonancia universal” a la entrevista. Para argumentar lo que puedo considerar como el primer intento de internacionalización

de la Protesta de Baraguá se auxilió como fuentes de dos periódicos en la emigración cubana de Nueva York, *La Verdad* y *El Herald*. Unos días después del 15 de marzo de 1878 ambos periódicos informaron de la entrevista y sus resultados. *El Herald* reprodujo la preocupación mostrada por las sociedades antiesclavistas americana y de Londres y la Cámara de los Comunes de Inglaterra ante el tratamiento omiso de la esclavitud en Baraguá. Pero al observar detalladamente en la propia obra de Franco es fácil detectar que, de los dos periódicos, el primero tiene un carácter local muy reducido al ser para un grupo de emigrados muy específico: los propios cubanos; el segundo, tan solo reproduce una sospechosa preocupación inglesa.

El interés de ambas sociedades y de la Cámara apuntan más a un antiesclavismo de sedimento económico proveniente de potencias económicas, una de ellas de larga experiencia colonial en ese momento, que a una verdadera solidaridad liberadora y patriótica de la lucha cubana. La propia Inglaterra desde 1817, debido al desarrollo interno de su economía y su apogeo como primera potencia mundial, combatía la práctica de la esclavitud que ya le estorbaba dentro y fuera de sus fronteras nacionales. En los Estados Unidos, el presidente Abraham Lincoln abolíó la esclavitud en 1863, en medio de una decisiva Guerra de Secesión, donde el industrialismo norteamericano clamaba a gritos la liberación de las futuras nuevas fuerzas productivas.

Más adelante, Franco apuntó que el patriota cubano Juan Arnao afirmó en su obra *Páginas sobre la Historia de*

*Cuba* que un titular bajo el rotulo de “El general Antonio Maceo ha salvado la honra de los cubanos” fue publicado en miles de periódicos de la Unión. ¿Verdaderamente existieron miles de periódicos en los Estados Unidos en ese entonces?, ¿cómo pudo contabilizarse esa cantidad en caso de haber existido tantos periódicos?

Los pilares de esa “resonancia universal” no fueron suficientes para sostenerla. De hecho, la internacionalización de la protesta no tuvo seguidores ni estudios continuadores. El intento de expandirla como fenómeno internacional quedó sin posibilidades. También el autor *modifica* un detalle de la entrevista: expone que Maceo fue el primero que trajo a colación el tema de la esclavitud cuando Figueredo expresó que fueron Manuel de Jesús Calvar y el propio Figueredo los primeros en tocar el tema.

Finalmente, es paradójico que en la monumentalidad de los tres tomos de Franco —que puso a disposición de los especialistas y lectores en general el volumen de información y visión más abarcadora hasta ese instante sobre Antonio Maceo— se ponderó más la descriptiva entrevista que la constitución de un Gobierno Provisional y la redacción de una nueva Constitución ocurridas en la tarde-noche de ese día. No obstante, el titánico esfuerzo de José Luciano Franco continuó sin resolverse el relego nominativo e interpretativo que sufrieron el Gobierno Provisional y la Constitución de Baraguá de manera permanente en la historiografía republicana. Tales omisiones se mantuvieron durante varios años después del triunfo revolucionario de 1959, como se verá más adelante.

Años después, Emilio Roig en *La guerra libertadora de los treinta años* (1958)<sup>15</sup> continuó viendo el hecho histórico como valladar que transforma el Zanjón de paz a tregua; en un párrafo dedicado al tema expresa: “[...] aunque Maceo no encontró entonces el respaldo suficiente, ni en los revolucionarios de la Isla ni en los del extranjero [...]”; sin embargo, para Roig: “[...] Maceo, en Baraguá, representó el alma, la fuerza y los ideales revolucionarios [...]”. El consagrado historiador de la ciudad y abanderado de los estudios históricos antiimperialistas trató en este juego de ideas ambiguas de enfocar el encuentro Maceo-Campos hacia una perspectiva de aceptación más popular acorde a la candente situación revolucionaria nacional de ese año, eclosionada desde la Sierra Maestra que anunciaba un radical giro de toda la sociedad en breve tiempo. Fue demasiado profunda la rebelión nacional contra Fulgencio Batista como para que Roig no escapara a sus influencias que, sin romper con el análisis tradicional, se hace sentir en estas ideas cruzadas.

### *La Protesta en Revolución*

La Revolución de 1959 abrió un caudaloso sendero al análisis histórico del país. Las guerras de independencia adquirieron una importante reevaluación de sus estudios. A partir de entonces, la Protesta de Baraguá recibiría un enfoque que legitimaba desde el pasado a los sectores populares y partidarios del triunfo revolucionario: campesinos, obreros, intelectuales y pueblo en general. Se trató del nacimiento de una nueva hegemonía revolucionaria, subvertora del orden social precedente.

A pesar de ello, Raúl Aparicio en *Hombradía de Antonio Maceo* (1966)<sup>16</sup> no se separa todavía de la línea descriptiva y poco interpretativa. Además, mantiene el criterio de José Luciano Franco al decir que “la opinión mundial” había puesto su atención en la Protesta durante aquellos días sin aportar elementos de sustentación para ello.

Fue Jorge Ibarra con su *Historia de Cuba* (1967),<sup>17</sup> quien inauguró un nuevo giro de interpretación histórica e ideológica a la Protesta que inició una verdadera mutación ideológica. Por primera vez, un historiador cubano no se detuvo en el Zanjón, sólo lo mencionó. Propuso el acápite “Razones históricas, política y militar de la Protesta de Baraguá”, donde afirmó: “[...] significó el ascenso a la dirección revolucionaria del país de elementos representativos de las clases y capas más humildes y explotadas y por ende, más consecuentes en la lucha a muerte contra el colonialismo español [...]”, y también “[...] consigna de permanente agitación y de inconformidad revolucionaria”.<sup>18</sup> Ibarra sustenta su punto de vista en postulados marxistas y logra saltar la barrera de lo meramente descriptivo, aunque valora poco el gobierno provisional y la Constitución. En la siguiente década mantendrá un planteamiento idéntico en *Ideología mambisa* (1972).<sup>19</sup>

Julio Le Riverend en su *Historia de Cuba* (1974)<sup>20</sup> eleva el giro interpretativo llevándolo de planos regionales a nacionales: “[...] es uno de los acontecimientos trascendentales de la Historia de Cuba ya que fue el de sentido más revolucionario en su momento histórico”. Ese año apareció *Ecos de caminos*

(1974)<sup>21</sup> de Sergio Aguirre, en el cual este profundizó más en la esencia ideológica al plantear que “[...] Maceo no se concibe sin la revolución” y da una serie de razones de peso ideológico en torno a la vida del futuro héroe de San Pedro para explicar su actuación patriótica. Dotó a Baraguá de una apreciación donde el rechazo maceísta era un antídoto psíquico y moral al desaliento reinante en la agonía de la guerra y a la vez funcionaba como puente de continuidad para llegar a un presente en el que los polos ideológicos de la revolución se repelían cada vez más en una década de evidentes visos de dogmatismo. El militante profesor de Historia de Cuba creaba un radical muro de contención y asidero ideológico que por momentos salpicaba desmesura. Vale recordar que desde 1945 presentó dichos criterios en el periódico *Hoy*; para él el significado básico se sintetiza en que Maceo “[...] simbolizó en la Protesta la madurez de los estratos cubanos inferiores para orientar los rumbos de la nación entera”.<sup>22</sup>

Nuevamente Aguirre retoma el análisis de la imposible conciliación Independencia soberana vs. Independencia lastrada en *Raíces y significación de la Protesta de Baraguá* (1978).<sup>23</sup> Es en esta obra donde la historiografía nacional ha llevado a planos ideológicos más elevados el suceso, cuando el autor lo resume bajo los calificativos de intransigencia, continuidad e inconformidad al no tener en cuenta España la independencia y el fin de la esclavitud. Significaba también –al igual que Ibarra– el ascenso ideológico del pueblo y de una nueva dirección revolucionaria. Para sustentar lo

anterior consideró al referirse a Maceo que: “[...] un solo héroe había salido vivo e incólume, con dimensión nacional, de la larga pelea”, y que, además, “[...] en 1879 Maceo era el alma de la Revolución”.

Al afirmar esto contraponía a Maceo frente a una figura que los propios contemporáneos del 68 consideraban un símbolo de toda la revolución: Máximo Gómez, jefe militar que en 1878 gozaba del exclusivo privilegio de ser el único Mayor General participante en la contienda que había transitado por todas las jefaturas y cargos militares del Ejército Libertador y por todas las regiones del país que alcanzó aquella gesta. La dirección de dos movimientos invasores (1873-1874, 1875-1876) le dieron, junto a lo anterior, una dimensión personal de la guerra nacional como necesidad de esa revolución que sus contemporáneos también supieron reconocerle. La realidad histórica está más allá del deseo y la voluntad del historiador. ¿Cómo explicar entonces que esa misma generación del 68 le solicitase a Gómez en 1883 la articulación y dirección de un nuevo movimiento revolucionario sin haber estado presente en Baraguá? En 1892 los combatientes del 68 a través de la coordinación del Partido Revolucionario Cubano, en votación mayoritaria, eligieron para futuro General en Jefe del Ejército Libertador a quien ya comenzaba a ser llamado como el Generalísimo. Tanto Antonio Maceo como Gómez poseen sus indiscutibles méritos y aportes a nuestras luchas y historia patria, por tanto, no es preciso contraponerlos, todo lo contrario. Cada estrella brilla siempre con su luz propia.

El profesor universitario Oscar Loyola Vega, coautor de *Historia de Cuba. Las luchas por la independencia nacional y las transformaciones estructurales* (1996),<sup>24</sup> sin despegarse definitivamente del enfoque de Fernando Figueredo, le aporta al análisis del tema los fundamentos socioeconómicos de la región santiaguera donde se ubica Baraguá, dándole un nuevo grado de comprensión al porqué de la actitud de los combatientes de la región y la de Maceo ante los hechos del Zanjón. Para Loyola Vega, Maceo se convierte en “[...] figura política de primer plano en el movimiento de liberación nacional” y Baraguá es: “[...] respuesta política que volvía a colocar en primer plano los objetivos básicos de la revolución cubana contenidos en el Manifiesto del 10 de octubre”. Un lustro después, en *Historia de Cuba. Formación y liberación de la nación* (2001),<sup>25</sup> este autor hizo emerger una valiosa idea, no trabajada en la evolución historiográfica del tema, aunque sí en su obra personal: el análisis del control de la dirección revolucionaria mediante un gobierno provisional y la Constitución redactada por el sector militar azotado por las inoperancias y limitaciones de la Cámara de Representantes en el torbellino de la revolución.

Antes de concluir el siglo, en 1999, Rolando Rodríguez entregó a la historiografía del tema un pequeño texto, *La revolución inconclusa: La Protesta de los mangos de Baraguá contra el Pacto del Zanjón*.<sup>26</sup> Su análisis se centró en remarcar el carácter de legalidad y constitucionalidad como demostración legitimadora de aquel acto, más allá de su tradicional valor

moral para los sectores populares de la revolución. No creo que las críticas hechas a la Constitución de Guáimaro fueran las más efectivas, ya que su demostrada inoperancia y excesos civilistas pueden verse de manera opuesta, es decir, el desborde militarista, en la legalidad que supuso la Constitución de Baraguá, y la falta de equilibrios que prolongó tuvo que ser corregida por José Martí años después.

### *Un punto de vista desde el presente*

Entre el 2001 y el 2008 no se han producido trabajos que hayan aportado nuevos elementos a la evolución de la Protesta como tema histórico.<sup>27</sup> Al resumir este generalizador recorrido de casi 130 años es sugerente definir un grupo de ideas que exploran su interioridad y que pudieran ser consideradas por los historiadores para futuras investigaciones:

1) La versión de Fernando Figueredo se convirtió desde su publicación hasta hoy en la base central y patrón documental más importantes para el conocimiento e interpretación de la Protesta, copiada de forma textual una y otra vez por varias generaciones de historiadores cubanos. Existe otra versión de un participante, Félix Figueredo, pero no tiene la dimensión histórica ni el tratamiento de la primera. Todo lo anterior apunta que Baraguá no cuenta y presumiblemente no contará (si no aparecen nuevas versiones) con una variedad de enfoques heterogéneos que le permitan alcanzar un mayor nivel investigativo a los historiadores de otra, del presente y el futuro.

2) Nos encontramos frente a un hecho histórico que no ha presentado ni presenta polémicas en sus estudios.

3) Baraguá es un tema histórico que no genera investigaciones. Su espiral cronológica ha tenido un comportamiento lineal en su evolución historiográfica.

4) En su devenir historiográfico se le ha intentado introducir pequeñas alteraciones que no han logrado imponerse al tradicional apego de una repetición positivista. Tampoco han triunfado los esfuerzos por internacionalizar su resonancia en el momento de su ocurrencia, aunque es loable señalar que ambas perspectivas no tuvieron ni tienen seguidores.

5) Se trata de un emblemático estudio de caso que muestra cómo un hecho histórico contiene en su estructura una mutación en su dimensión ideológica y espacial en el curso del tiempo.

6) La Protesta de Baraguá ha evolucionado como fenómeno histórico en tres momentos historiográficos: colonia, república y Revolución. Este tránsito se ha producido desde dos diferentes ópticas:

a) Una de estudio que observa el hecho como contestación individual a los sucesos del Zanjón transformándolo de paz a tregua, con dimensión local y sin peso determinante para la lucha independentista, y que ve el Pacto como eslabón final de la revolución en el significado: Pacto, protagonista-Baraguá, coprotagonista. Su rango cronológico se mueve entre 1893 y 1959.

b) Una segunda que trató en todo momento de romper el cerco de la primera hasta conseguirlo y convertirlo en acontecimiento nacional con un peso decisivo para la ideología nacional revolucionaria desde 1959 hasta el presente.

7) Esta segunda vertiente le ha dado una ascensión reinterpretativa e ideológica donde los sectores o capas más

humildes y populares de la sociedad cubana en 1878 asumieron la dirección política del proceso del 68. Asunción algo tardía que demuestra la necesidad histórica para los sectores dirigentes de una revolución social de una temprana radicalidad revolucionaria. Los promotores de tal enfoque han sido los sectores más revolucionarios y radicales de los procesos cubanos de igual tipo y que ha invertido su significado: Baraguá, protagonista-Pacto, coprotagonista

8) Baraguá no tuvo una repercusión escrita inmediata ni mediata dentro del mambisado (literatura de campaña). Pudiera decirse que la tuvo de forma oral y, paulatinamente, con el paso de los años, fue expandiéndose como una de las grandes leyendas de la ideología del independentismo cubano del siglo XIX.

9) Lo acontecido el 15 de marzo de 1878 representa dentro del estudio de la revolución del 68, una regresión a la problemática de las estructuras de poder engendradas desde la Asamblea de Guáimaro en 1869. Si en esta predominó el aparato civil por encima del aparato militar, en Baraguá ocurrió lo contrario. De tal suerte se comprenderá la difícil tarea de organización y unidad que tuvo José Martí para la futura revolución:

Guáimaro: Aparato civil  
Aparato militar

Baraguá: Aparato militar  
Aparato civil

Martí: Aparato militar-Aparato civil

Baraguá es un ilustrativo tema de cómo la subjetividad está presente en todo momento en la creación y mente de un

historiador. Ella nos une al novelista, al pintor, al poeta y cualquier creador. No podemos negar su papel y función por más que la rechacemos. No se trata de odiarla o negarla, todo lo contrario. Debemos verla como una poderosa aliada que nos ofrece, de manera constante, posibilidades creativas e imaginativas para emplear en nuestra labor de manera racional y ética. Es una capacidad intelectual del hombre que existe para crear. La historia debe tomar de los géneros artísticos como estos deben acudir a la historia. Nosotros, los historiadores, solemos apegarnos al canon positivista de lo factual y hecológico que le ha restado, por momentos, a nuestra espléndida historiografía, capacidades atractivas y llamativas para la lectura del público.

Las perspectivas de estudios futuros de la Protesta de Baraguá señalan las posibilidades de investigaciones en cuanto a cómo y cuáles fueron las representaciones del hecho en los diferentes sectores de la población cubana desde finales del siglo XIX y hasta hoy, tomando como referencia teórica los estudios de mentalidades e imaginarios colectivos.

También los análisis de las relaciones de poder a través del gobierno provisional y de la Constitución profundizarían más nuestros conocimientos actuales sobre el acontecimiento analizado. Así, los cubanos de esta y las próximas generaciones pudiéramos mirar con más profundidad y riqueza, la actuación de Antonio Maceo y de todos aquellos mambises que fueron consecuentes, hasta el final de sus vidas, con la búsqueda de la independencia y soberanía nacionales.



## Notas

<sup>1</sup>Figueredo Socarrás, Fernando. *La revolución de Yara*. La Habana: Instituto Cubano del Libro, 1972.

<sup>2</sup>“A pie y descalzo”. En Roa, Ramón. *Pluma y machete*. La Habana: Instituto Cubano del Libro, 1969. pp. 1-105.

<sup>3</sup>Collazo, Enrique. *Desde Yara hasta el Zanjón*. La Habana: Instituto Cubano del Libro, 1967.

<sup>4</sup>Grajales Maceo, Antonio. *Ideología política y otros documentos*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1998. 2 t.

<sup>5</sup>Loynaz del Castillo, Enrique. *Memorias de la guerra*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 2001.

<sup>6</sup>Miró Argenter, José. *Crónicas de la guerra*. La Habana: Instituto Cubano del Libro, 1970. 3 t.

<sup>7</sup>Hernández, Eusebio. *Maceo dos conferencias históricas*. La Habana: Instituto Cubano del Libro, 1968. p. 46.

<sup>8</sup>Tremols, Abdón. *Los patriotas de la galería del ayuntamiento de La Habana*. La Habana: Imprenta La Prueba, 1917. pp. 68, 97-98.

<sup>9</sup>Santovenia, Emeterio. *Los presidentes de Cuba libre*. La Habana: Editorial Trópico, 1930. p. 77.

<sup>10</sup>Infiesta, Ramón. *Máximo Gómez*. La Habana: Academia de la Historia de Cuba, Editorial Siglo xx, 1937. p. 110.

<sup>11</sup>Horrego, Leopoldo. *Maceo héroe y carácter*. La Habana: Editorial Luz Hilo, 1943. pp. 73-78.

<sup>12</sup>Guerra, Ramiro. *Guerra de los Diez Años*. La Habana: Editorial Pueblo y Educación, 1986. t. 1, pp. 312-322, 325-326.

<sup>13</sup>\_\_\_\_\_. *Historia de la nación cubana*. La Habana: Editorial Historia de la Nación Cubana, 1952. t. 5, pp. 253-260.

<sup>14</sup>Franco, José Luciano. *Antonio Maceo. Apuntes para una historia de su vida*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1975. t. 1, pp. 139-151.

<sup>15</sup>Roig de Leuchsenring, Emilio. *La guerra libertadora de los treinta años*. La Habana: Oficina del Historiador de la Ciudad, 1958. p. 77.

<sup>16</sup>Aparicio, Raúl. *Hombradía de Antonio Maceo*. La Habana: UNEAC, 1974. pp. 208-222.

<sup>17</sup>Ibarra, Jorge. *Historia de Cuba*. La Habana: Dirección Política de las FAR, 1967.

<sup>18</sup>Ibídem, pp. 297, 298.

<sup>19</sup>\_\_\_\_\_. *Ideología mambisa*. La Habana: Instituto Cubano del Libro, 1972.

<sup>20</sup>Le Riverend, Julio. *Historia de Cuba*. La Habana: Editorial Pueblo y Educación, 1974. t. 22, p. 171.

<sup>21</sup>Aguirre, Sergio. *Ecos de caminos*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1974. p. 204.

<sup>22</sup>Ibídem, p. 209.

<sup>23</sup>\_\_\_\_\_. *Raíces y significación de la Protesta de Baraguá*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1978. pp. 91-92.

<sup>24</sup>Instituto de Historia de Cuba. *Historia de Cuba. Las luchas por la independencia nacional y las transformaciones estructurales*. La Habana: Editora Política, 1996. t. 2, p. 147.

<sup>25</sup>Torres Cuevas, Eduardo y Oscar Loyola Vega: *Historia de Cuba. Formación y liberación de la nación*. La Habana: Editorial Pueblo y Educación, 2001.

<sup>26</sup>Rodríguez, Rolando. *La revolución inconclusa: La Protesta de los mangos de Baraguá contra el Pacto del Zanjón*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1999.

<sup>27</sup>Hasta el momento de la redacción final del trabajo, el texto más reciente sobre la figura de Antonio Maceo e investigaciones relacionadas con él directamente es: Colectivo de autores. *Aproximaciones a los Maceo*. Santiago de Cuba: Editorial Oriente, 2005. Este título no contiene aportes o nuevos puntos de vista en torno a la Protesta de Baraguá, más bien mantiene el enfoque tradicional. Para ampliar en torno al tópico de la narrativa histórica en Cuba, véase los trabajos al respecto de Jorge Ibarra y Oscar Loyola.



